

yendo al colegio desviaba el camino y, usando un carnet ajeno (no tenía edad para inscribirse como lector), entraba a la Biblioteca Nacional. Cuando fue descubierto, se le retuvo el carnet y fue llevado ante el director Cristóbal de Lozada y Puga, quien resultó conocer a la familia de Arturo porque su madre, la poeta Amalia Puga, era madrina de doña Anita, madre del poeta en ciernes. Por ello, no sólo no recriminó a Arturo sino que terminó regalándole libros y permitiéndole volver a aquel lugar donde, como en un templo lleno de misterios, se encontraba con seres que volaban en alfombras mágicas y que hacían de él único y maravilloso.

De ese asombro, crecen en Arturo sus primeras fábulas y sus poemarios iniciales: **Cantoral** y **El mar y sus palabras**, en los que hilvana recuerdos de una infancia llena de sol, de azul, de ahogados legendarios. Después, vienen los años heroicos, el deseo de tomar el cielo por asalto y escribe **El grito del hombre**. Su razón crítica le lleva a desmitificar el cielo y el infierno, pero ello lo deja terriblemente solo y angustiado, e intenta regresar a los espíritus que había exorcizado.

Después se produce su viaje a España, en donde encuentra una esposa (*tímida rosa, ósea y encarnada*) que le da cuatro hermosos hijos. Pero nunca olvidaría el asombro de sus primeros días en el puerto de Salaverry.

Son años de leyenda, de nostalgia voluptuosa. Sin embargo, la fábula vence, y es ella lo que le permite encarnar la unidad del mundo y la ironía humana. Escribe **Noé delirante**. Por la analogía, el arca-universo de un profeta ascético es el mejor espacio que encuentra para hacer habitable y armonioso este mundo; por la ironía, poetiza la tragedia humana y empieza por llenar esa arca -y su escritura toda de un humor en voluta, pocas veces expresado en la poesía iberoamericana.

Con Baudelaire, Arturo comparte la idea de que el mundo no es un conjunto de cosas sino de signos: lo que llamamos cosas son palabras. Una montaña es una palabra, un río es otra, un paisaje es una frase. Pero va más allá, hace hablar a la montaña, al río, al paisaje y a todos los seres que habitan en ellos.

Como no podía ser de otra manera, en homenaje a aquel niño que fue deslumbrado de azul y sol, de gaviotas y estrellas marineras, Arturo Corcuera lleva a vivir a todos los seres de su universo a esa suerte de inmenso caballo de totora que es su arca marina. La poesía como reconquista de la inocencia.

Escribe **MARÍA RITA CORTICELLI***

EN SU ÚLTIMO LIBRO DE ensayo dedicado a José María Arguedas, **La utopía arcaica** (FCE, 1996), Mario Vargas Llosa resume las fases de la polémica intelectual entre literatura comprometida y literatura profesional. La polémica, en su momento culminante exagerada por razones políticas y comerciales, reflejaba la incomodidad del intelectual latinoamericano para ubicarse dentro del panorama cultural internacional que se expresaba en una ambigüedad entre la realidad política y social específica de A. Latina y la tentación del cosmopolitismo.

En su análisis MVLL parece caer en el mismo pecado que atribuye a JMA: estar sacrificando su vocación, en este caso la de crítico literario para hacer de su análisis un panfleto político ciegamente pro-liberal, totalmente obsoleto en tiempos de revisión histórica e ideológica. Pero, más que eso, es importante

anotar que MVLL en su afán de demostrar la no actualidad de la obra de JMA no parece enterarse de que el debate intelectual de hoy se basa en el reconocimiento y estudio de realidades culturales híbridas.

Es que la discusión sobre sincretismo cultural ha dado sus frutos también en A. Latina. Un ejemplo entre muchos es el escritor argentino Abel Posse, quien ha logrado con sus novelas superar la rígida dicotomía entre literatura comprometida y vocación literaria. El género de la novela histórica le permite dar libre curso a su fantasía comprometiéndose, al mismo tiempo, a participar en un constructivo aporte a la búsqueda de la identidad latinoamericana, y todo esto sin la necesidad de algún acto de fe a una u otra ideología política o económica.

Así, en **Los perros del paraíso** (1987), recuento de la conquista de América, Posse se compromete a ser portavoz de un pensamiento



MVLL y JMA desde Austin

que se presenta como sincrético de todos los componentes culturales que coexisten en A. Latina. Una labor intelectual que logra realizar un fascinante híbrido entre el pensamiento filosófico occidental y los aportes más recientes de pensadores y escritores como Alejo Carpentier y José Lezama Lima.

En una entrevista, Abel Posse confiesa que nunca pudo entender América antes de haber estado en el Perú. Esta afirmación implica la necesidad de un conocimiento profundo de la cultura de «los vencidos», sin cuya contribución y sobrevivencia sería difícil tener una imagen completa de América. Y significa también que hay que tener una visión más fluida de la cultura occidental para no caer en simplificaciones que corren el riesgo de reducir un entero patrimonio cultural a una teoría económica y política: el liberalismo, por ejemplo.

Durante la lectura del ensayo de MVLL se tiene la sensación de que el autor quiere, conscientemente o no, li-

berarse del fantasma representado por la presencia de una «otredad» incómoda que quisiera relegar forzosamente a una dimensión ficcional para poderla controlar. La negación de la existencia del «otro» indígena llega hasta a definir como ficción la referencia de JMA al animismo religioso. En ningún momento MVLL admite que la ficción de JMA pueda tener como base una realidad cultural existente.

Esta posición se debe a una opinión ya de antemano formada sobre la cultura inca, opinión que por antigua y liberal en el sentido moderno occidental, carece de valor. Así que mientras Abel Posse y otros escritores proponen con sus obras una vía alternativa a la dicotomía entre literatura comprometida y literatura vocacional -estableciendo una relación de paridad entre la cultura occidental y la cultura autóctona de América- MVLL escribe un ensayo con el propósito de deslegitimar una de las fi-

guras más trágicas de la literatura peruana y latinoamericana.

Su relectura de JMA, sea en los momentos en que parece apreciarlo, sea en los que deliberadamente su labor de crítico deja espacio a sus prejuicios personales, no aporta nada al debate sobre el sincretismo cultural que hoy interesa no sólo a A. Latina sino a otras áreas del mundo.

MVLL, sea en su producción ensayística o en la de ficción, parece no poder salir del estancamiento provocado por su adhesión a una ideología política: el liberalismo. Esto se refleja en una repetición constante de modelos tan obsoletos como la por él criticada utopía arcaica de JMA. Modelos que tienen que ser superados y que ya muchos escritores parecen haber hecho el esfuerzo intelectual de superar.

*PROFESORA EN EL DPTO. DE ESPAÑOL DE LA U. DE TEXAS (AUSTIN).